

Elementos del mobiliario fenicio: las bisagras de hueso de la necrópolis de Campos Elíseos (Gibralfaro, Málaga)

Introducción

Aunque debieron ser objetos muy abundantes en la vida de los fenicios instalados durante la antigüedad en Andalucía, lo cierto es que no es mucho lo que sabemos acerca del mobiliario empleado por los semitas en nuestras costas. Este hecho se agudiza aún más, si cabe, si nos referimos a los sistemas de ensamblaje empleados para unir las distintas partes de los muebles que tenían en sus viviendas.

Ello se debe a varios motivos, de un lado la mayor parte de estas piezas, consistentes en cilindros de diversos materiales, proceden de excavaciones antiguas, en las que rara vez se hace mención expresa del contexto en que se encontraron, lo que ha hecho que

ALEJANDRO PÉREZ-MALUMBRES
LANDA

JUAN ANTONIO MARTÍN RUIZ
JUAN RAMÓN GARCÍA CARRETERO

incluso en muchos casos no sepamos con certeza cuantos ejemplares aparecen en cada hallazgo, algo que va unido a la desaparición de un buen número de estos cilindros en el mismo momento de su descubrimiento o en los años posteriores al mismo. Por otra parte, la dificultad de establecer con certeza su funcionalidad y cronología, hecho motivado en gran medida por las circunstancias en que se han venido produciendo los descubrimientos, ha facilitado que los investigadores mues-

tren serias discrepancias respecto a tales cuestiones, siempre dentro de una tónica general de escasez de estudios, de forma que en no pocas ocasiones su presencia en los yacimientos queda silenciada o, en el mejor de los casos, relegada a un simple comentario.

La realización de tres campañas de excavaciones en la necrópolis de Campos Elíseos (figura 1), situada en la ladera sur del cerro de Gibralfaro (Málaga), y en la que se han excavado un total de 23 sepulturas datables en los siglos VI y II-I a. C., así como I d. C., nos ha permitido disponer de un elevado volumen de bisagras cilíndricas de hueso. Al mismo tiempo, su aparición formando parte de un conjunto cerrado y el descubrimiento de restos de cajas cerámicas nos ofrece la posibilidad de

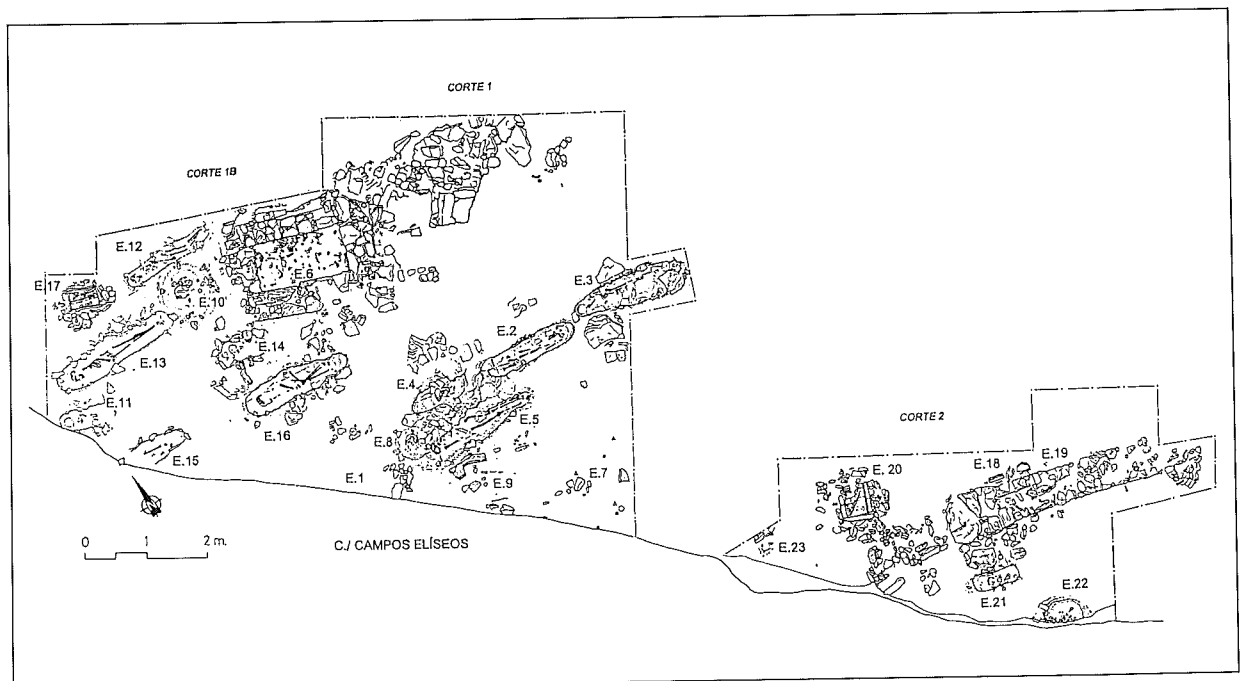


Figura 1. Planta general de la necrópolis de Campos Elíseos (Fuente: Alejandro Pérez-Malumbres Landa).



Figura 2. Planta de la tumba 6 (Fuente: A. Pérez-Malumbres Landa).

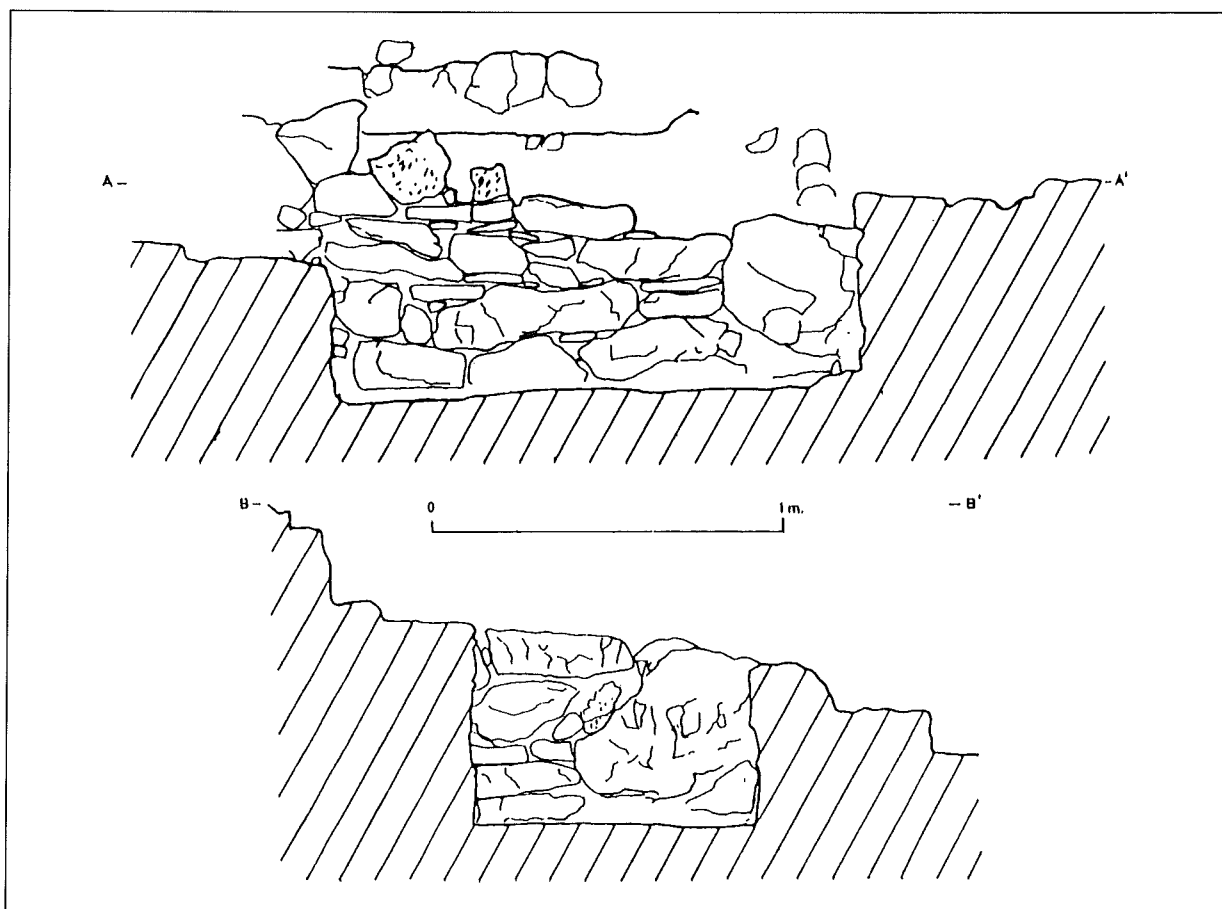


Figura 3. Secciones de la tumba 6 (Fuente: A. Pérez-Malumbres Landa).

aclarar, sin el menor género de dudas, su funcionalidad y cronología, aspectos en ocasiones aún oscuros como decimos, dado que son artefactos a los que la literatura científica ha venido prestando muy escasa atención.

En concreto nos interesan ahora las piezas que aparecieron en las sepulturas núms. 5, 6, 9, 17 y 19, pertenecientes a los siglos II-I a. C., así como en el estrato II de los cortes 1 y 1B (PÉREZ-MALUMBRES, MARTÍN, 1997: 9; en prensa; MARTÍN, PÉREZ-MALUMBRES, 1999 a: 30; 1999 b: 155 y 157, en prensa, a; en prensa, b), las cuales suman un total de sesenta y cinco ejemplares, la mayor parte de ellos completos, lo que la convierte en una de las colecciones más numerosas de la Península Ibérica. Se trata de enterramientos de inhumación e incineración con tipologías muy variadas: cistas de mampostería, fosas excavadas en la roca, arquetas cerámicas rodeadas de piedras de mediano tamaño, o bien depositadas directamente sobre el suelo (figuras 2-5). Sus ajuares incluyen amuletos, ollas, tapaderas, alguna lucerna y, sobre todo, los típicos ungüentarios helenísticos.

Tipología

Hemos diferenciado las distintas bisagras en seis tipos, más un subtipo, tomando como principales elementos que nos ayuden a distinguirlos las diversas perforaciones que muestran, o bien su carencia, al considerar que su número, disposición y forma responden a su distinto papel en el sistema de ensamblaje empleado, a lo que debemos sumar la presencia de incisiones en alguna de ellas, que creemos corresponderían a piezas situadas en los extremos o remates de la alineación de cilindros, con una posible finalidad ornamental (figuras 6-11).

Los cilindros del primer tipo carecen de perforación, y presentan una longitud que oscila entre los 34 y 51 mm., y un diámetro de 33 mm. Podemos incluir en este grupo cinco ejemplares, sin olvidar su representación en cerámica formando parte de las tapas, como veremos más adelante.

El segundo tipo que proponemos, con ocho piezas, muestra una perforación circular de unos 5-8 mm., con un tamaño que oscila entre 36-46 mm. de alto y 30-35 de diámetro.

Un subtipo de éste comprende un solo ejemplar que posee una perforación circular de 5 mm., y tres incisiones paralelas de 1 mm. rellenas de pintura negra en uno de sus extremos.

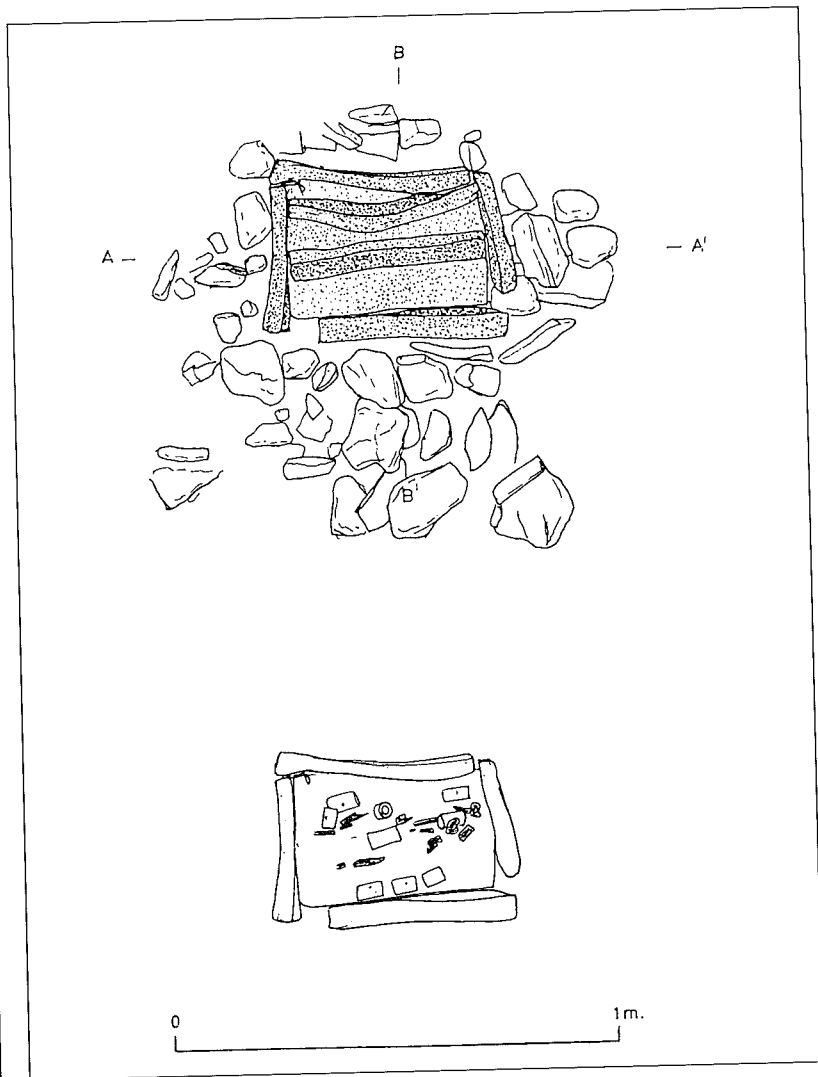


Figura 4. Planta de la tumba 17 (Fuente: A. Pérez-Malumbres Landa).

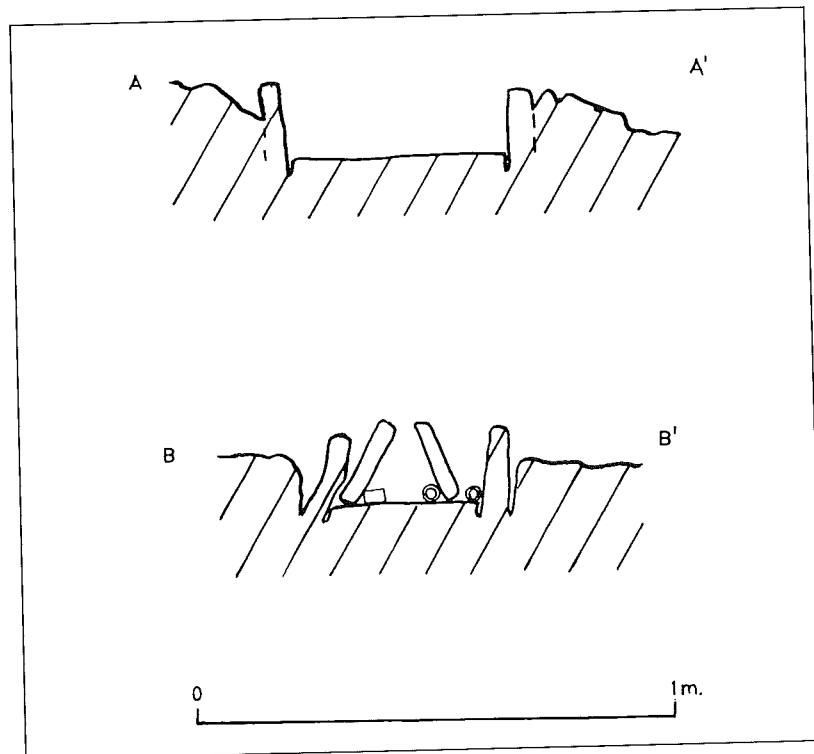


Figura 5. Secciones de la tumba 17 (Fuente: A. Pérez-Malumbres Landa).

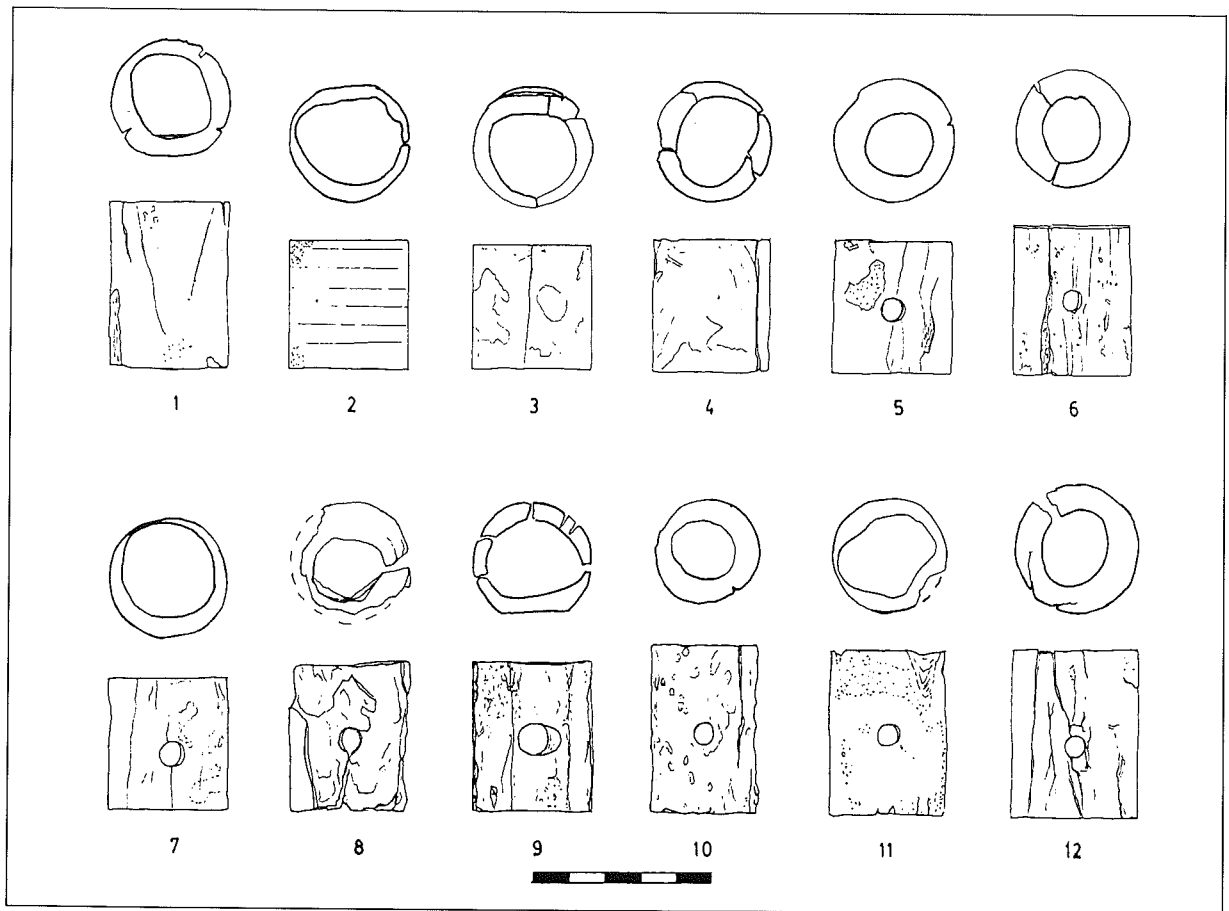


Figura 6. Cilindros procedentes de Campos Elíseos (Fuente: A. Pérez-Malumbres Landa y J. R. García Carretero).

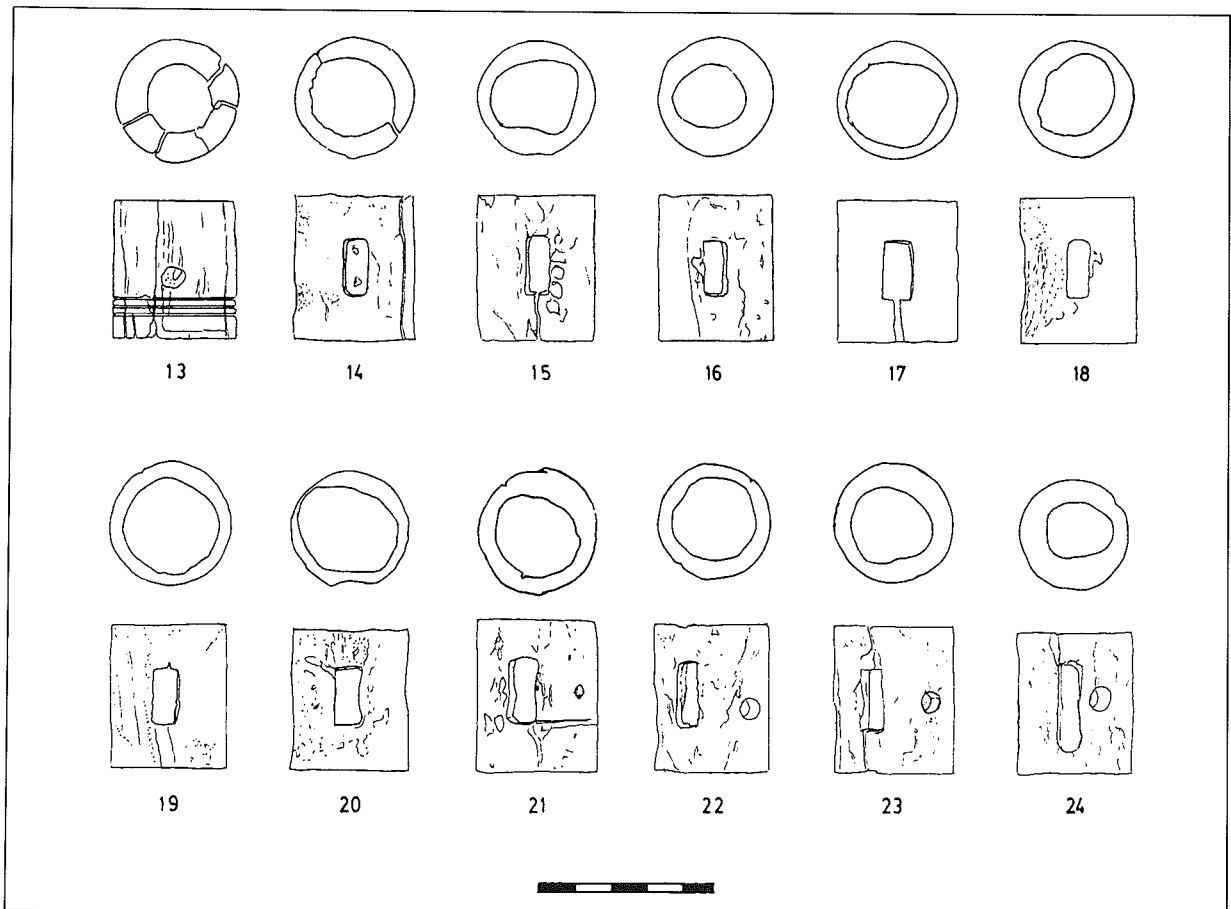


Figura 7. Cilindros procedentes de Campos Elíseos (Fuente: A. Pérez-Malumbres Landa y J. R. García Carretero).

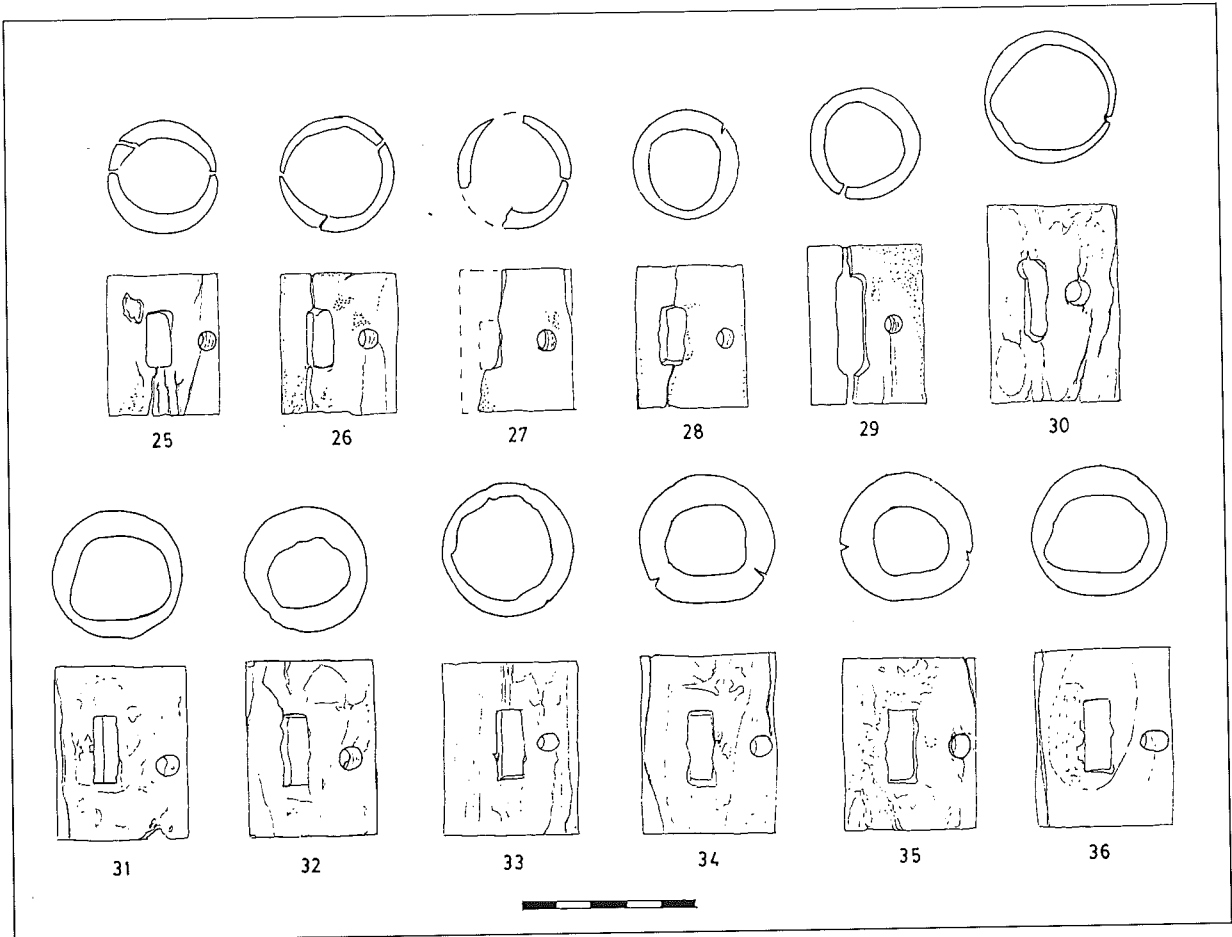


Figura 8. Cilindros procedentes de Campos Elíseos (Fuente: A. Pérez-Malumbres Landa y J. R. García Carretero).

Mide 38 mm. de longitud y 33 de diámetro.

Los diez ejemplares del tercer tipo se caracterizan por contener una perforación rectangular en sentido longitudinal cuyas medidas oscilan entre 14 y 25 mm. de largo por 6 a 9 de ancho. Poseen un diámetro entre 29 y 35 mm. y una longitud entre 38 y 55 mm.

Por lo que atañe al cuarto tipo de nuestra clasificación, cabe indicar la presencia de dos perforaciones, una rectangular y otra circular, la primera con un tamaño de 15 a 26 mm. de largo y 6 a 12 de ancho, y la segunda con 5-8 mm. de diámetro. Las proporciones totales de estas piezas van desde los 38-61 mm. de longitud por 29-39 de circunferencia. Hasta el momento hemos podido contabilizar un total de 27 cilindros de este tipo.

Un nuevo tipo, el quinto, incluye los perforados con un orificio rectangular de 18-21 mm. de largo por 7-9 de ancho, a cuyos lados se sitúan otros dos circulares de 6-8 mm; se conocen cinco ejemplares cuyos diámetros van desde los 30 a los 39 mm., con una longitud de 46-51 mm.

El sexto y último tipo que proponemos es similar al precedente, con la sal-

vedad de que, en este caso, las perforaciones circulares, de 5 y 9 mm., se dispusieron en el hueso en uno de los lados del rectángulo de 20x9 mm., tal y como vemos en el único cilindro hallado, que mide 40 mm. de longitud por 31 de circunferencia.

Una vez expuestos los diversos tipos que comprende esta clasificación, podemos observar cómo existe una preferencia en cuanto a su utilización. El más abundante es, sin duda, el tipo IV (41,5%), seguido de los tipos 111 y 11 (15,3% y 12,4%, respectivamente), con lo que la suma de estos tres grupos comprende el 69,2% del total. Les siguen los tipos 1 (7,6%), V (7,6%) y VI (1,6%), así como el subtipo II, A (1,6%), siempre en mínimas proporciones, además de los ocho ejemplares indeterminados (12,4%) que nos ha sido imposible incluir en esta tipología, dado su estado fragmentado. En cuanto a la distribución de tipos por tumbas, cabe señalar cómo la estructura 6 albergaba todos los tipos excepto el VI, y en la 17 faltan los tipos II y IIA.

Los diámetros de los cilindros de la sepultura 6 muestran la existencia de dos series diferentes. La menor de ellas y la más numerosa, pues suma un to-

tal de 39 piezas, ofrece una media en torno a los 33 mm., y abarca todos los tipos y el subtipo. La serie mayor (con 19 bisagras), tiene un diámetro medio de 38 mm., e incluye quince piezas del tipo IV y cuatro del tipo V. La longitud es, en cambio, una magnitud mucho más variable, por cuanto comprende desde los 34 a los 61 mm.; no obstante, la serie más pequeña ronda los 40 mm. de media en tanto la mayor se acerca a los 50 mm. En la tumba 17 los diámetros de las bisagras encajan con la serie menor, si bien las longitudes difieren bastante al ser mayores.

Aspectos técnicos

Una vez planteada la clasificación tipológica en la que pueden englobarse estas piezas, nos detendremos en comentar aquellos aspectos técnicos que se relacionan con su proceso de fabricación y que pueden inferirse del examen de estos artefactos, junto a los distintos instrumentos que se necesitarían para llevar a cabo dicha labor.

Así, pensamos que, en un primer momento, se procedería a seccionar las apófisis de los huesos, que eran desechadas, como señala J. A. MORENA (1996:

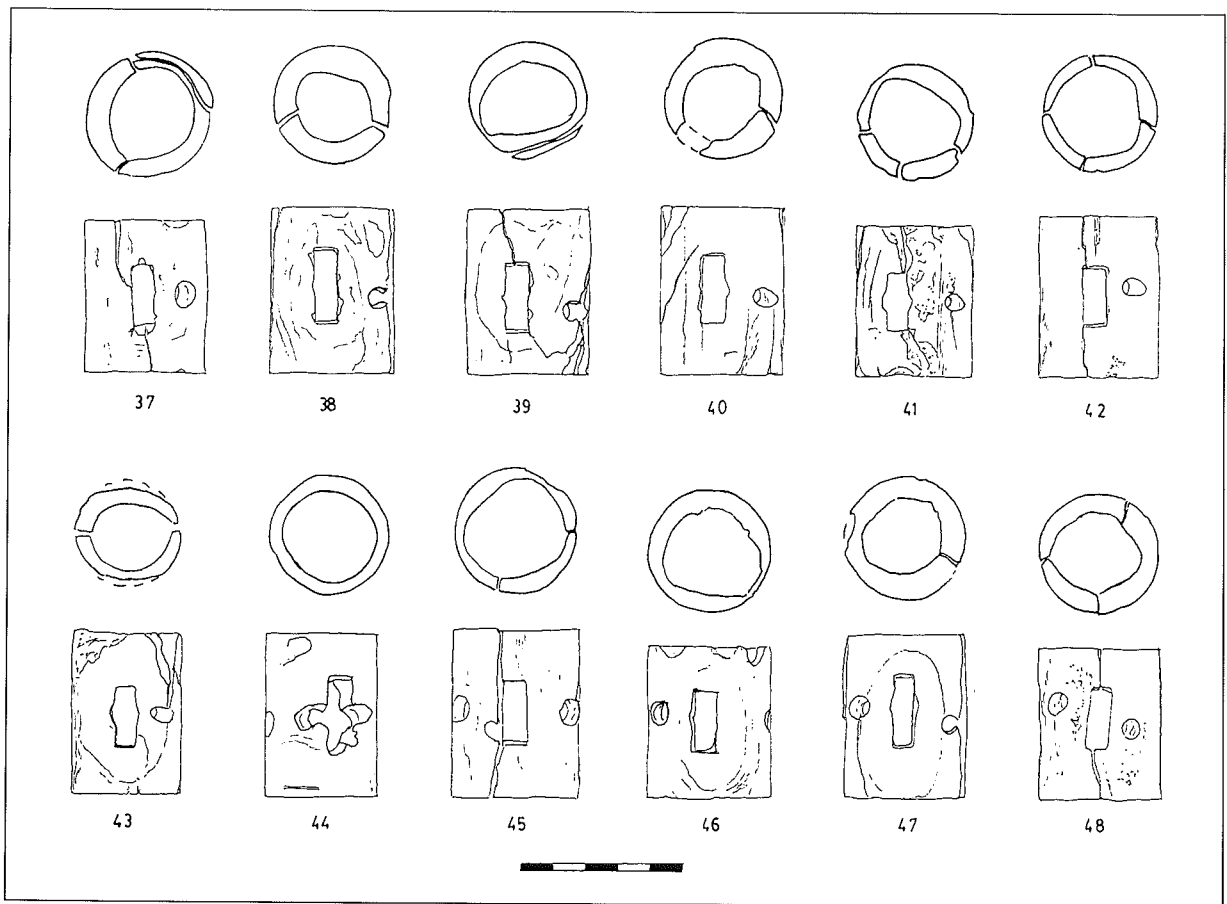


Figura 9. Cilindros procedentes de Campos Elíseos (Fuente: A. Pérez-Malumbres Landa y J. R. García Carretero).

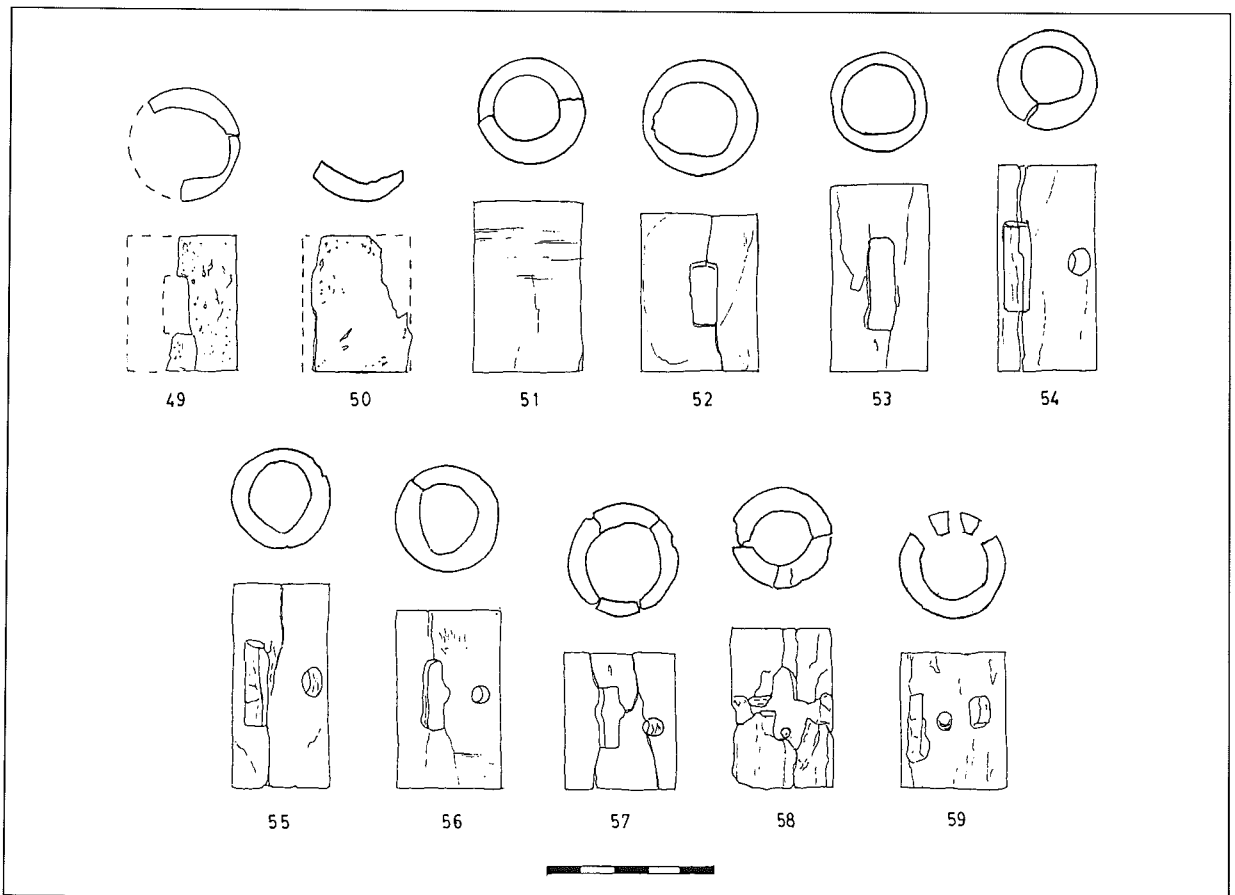


Figura 10. Cilindros procedentes de Campos Elíseos (Fuente: A. Pérez-Malumbres Landa y J. R. García Carretero).

328). Según este autor la siguiente fase sería el corte de las diáfisis en discos con una sierra o similar en función de las medidas deseadas que, en nuestro caso, son sumamente homogéneas.

Sin embargo, creemos que, tras la eliminación de las apófisis y de la travécula ósea del interior, la segunda fase se centraría, antes que en la disección en discos de las diáfisis, en su torneado. Este extremo puede apreciarse en las estrías paralelas que ofrecen algunas bisagras y en la homogeneidad y regularidad de sus diámetros. En la tumba 6 de Campos Elíseos se recogió un ejemplar que presenta acanaladuras transversales producto de un torneado defectuoso. M. RODRÍGUEZ DE BERLANGA (1895: 37) ya anotó este hecho respecto a varios de los que aparecieron en el sepulcro de la calle Andrés Pérez, algo que han apuntado también otros investigadores como A. BALIL (1975: 84) y F. G. RODRÍGUEZ (1991-92: 209), al observarlo en un elevado número de ejemplares de época romana. También pudieron efectuarse en ese instante las tres incisiones paralelas que decoran una de estas bisagras en uno de sus extremos, y que van pintadas de color negro espeso. Posteriormente se procedería al corte del hueso según el tamaño propio para las bisagras. Otras líneas, quizás huellas de pulido, se observan siguiendo la longitud del hueso en varios ejemplares.

Los extremos de los cilindros eran biselados, probablemente por medio del torno, con la intención de reducir en la medida de lo posible el roce entre ellos. Esta técnica del tratamiento de los bordes puede remontarse, al menos, hasta el siglo VII a. C., como vemos en las bisagras de madera que se documentan en cajas del mismo material halladas en la isia griega de Samos (KYRIELEIS, 1980: 129). El perfil que ofrecen nuestros bordes hacia el interior es ligeramente cóncavo y, además de un brillo más intenso que el resto de la pieza, han adquirido también una tonalidad más oscura, que puede deberse a la utilización de alguna materia grasa o cera para disminuir la fricción, como se ha sugerido para la villa romana de Torre Águila (RODRÍGUEZ, 1991-92: 209).

Igualmente, observamos que en ciertas bisagras se da, de forma natural, un rebaje a todo lo largo, denominado facetado, el cual fue aprovechado para la realización de los orificios. La mayoría de los cilindros cuyos rebajes han sido aprovechados presentan un aspecto final pulimentado, aunque en

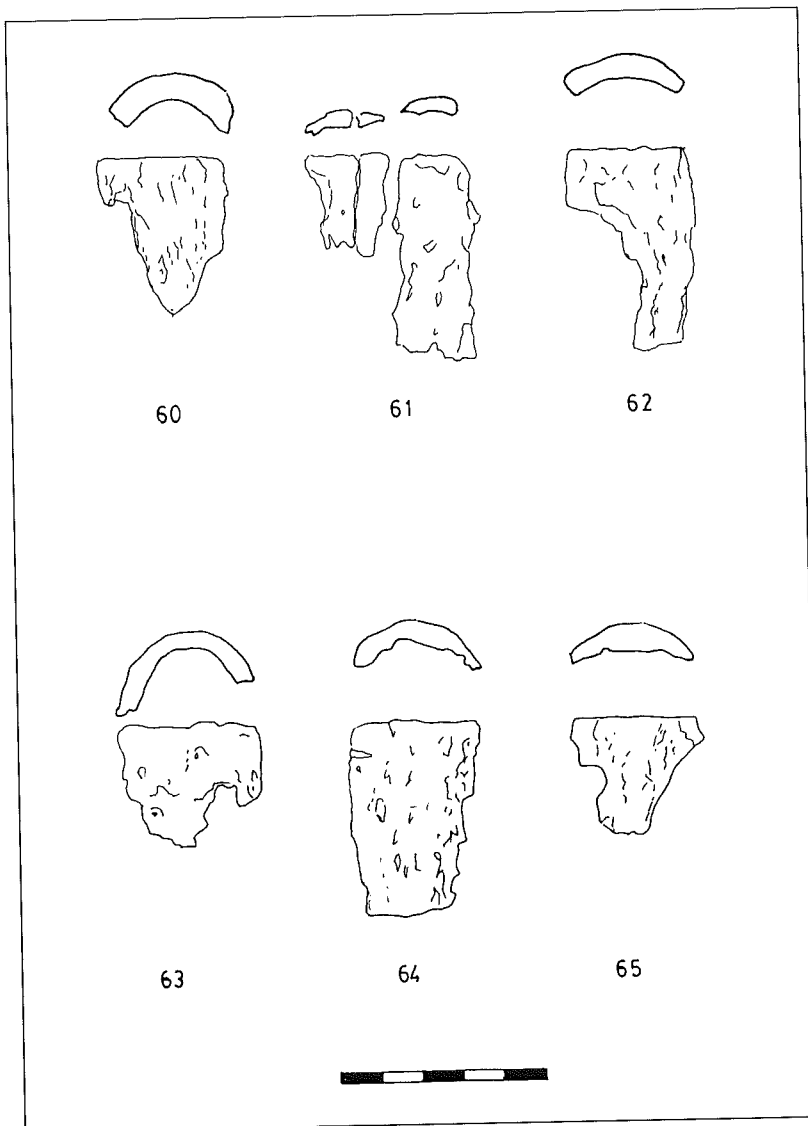


Figura 11. Cilindros procedentes de Campos Elíseos (Fuente: A. Pérez-Malumbres Landa y J. R. García Carretero).

otros se aprecia claramente el corte previo, incluso astillado por falta de acabado.

La distribución de estos rebajes por tipos se establece de la siguiente forma: tipo II un cilindro, tipo III tres cilindros, tipo IV, en su serie menor, dos cilindros y en la mayor trece y, por fin, el tipo V con otras dos bisagras. Como vemos, predomina la serie mayor del tipo IV. Dentro de ese grupo dos cilindros contienen también otro rebaje en la parte opuesta a las perforaciones. Existe un tercer caso de doble rebaje que corresponde al tipo V.

Una vez llegados a este punto, puede procederse a la realización de las perforaciones, aun cuando hay bisagras que carecen de ellas. Estas perforaciones, para cuya realización se empleó un punzón o taladro de punta cónica probablemente movido por un arco (EVELY, 1992: 14), presentan dos formas: circulares y rectangulares que

pueden aparecer solas o formando varias combinaciones. Frecuentemente llegan a horadar parcialmente la pared opuesta. Las de tendencia rectangular se realizan uniendo dos o tres orificios circulares y limando para conseguir los lados rectos, si bien existen algunos casos en los que no se procedió a limarlos, constatándose, además, una oquedad con lados rectos y extremos redondeados. Igualmente se detectan en dos cilindros unas marcas interiores rectilíneas. Solamente en un caso la perforación adquiere una tendencia cruciforme que no hemos considerado como subtipo o variante por haberse interpretado como un error de ejecución. Al parecer, el artesano procedió a taladrar varios huecos circulares juntos para conformar uno rectangular, como es habitual, pero lo hizo en sentido transversal en lugar de longitudinal. Sin embargo, pudo subsanar a tiempo dicha equivocación, quedando dos per-

foraciones circulares parciales a ambos lados de la rectangular definitiva.

La finalidad de las perforaciones de estos cilindros sería la de servir de receptáculo a unos vástagos o clavijas para permitir el ensamblaje con los bordes de la arqueta o de la tapadera, aunque no se ha contrastado arqueológicamente al no aparecer ninguna de ellas, o bien algún cilindro de menor tamaño, ensamblado a otra superficie de arcilla o madera, como vemos en los ejemplos de Samos. Estos vástagos debieron realizarse en nuestro caso en madera o hueso, pues no quedan restos o trazas de metal, siendo sus secciones circulares o rectangulares según qué tipo de perforación los albergara.

El acabado final consistiría en el pulimento de las superficies exteriores, conservado tan sólo en contados ejemplos, así como de los extremos en bisel, quizás con la ayuda de arena o algún otro elemento abrasivo.

Funcionalidad

Es ésta una cuestión que ha planteado no pocas discrepancias entre los investigadores, debido principalmente a la falta de elementos con que asociarlos, lo que dificultaba poder discernir con claridad esta cuestión, algo que afortunadamente no sucede en nuestro caso.

Desde las primeras noticias de su hallazgo, en el siglo XIX, se han defendido varias funciones muy distintas, como son su pertenencia a algún collar o abalorio (BERLANGA, 1891: 320-321), el que se trate de un instrumento musical, en particular la boquilla de una flauta o silbato (LAFUENTE, 1934: 46; GRAU, 1996: 113-114), o bien su carácter de bisagras (BALIL, 1975: 84; RODRÍGUEZ MARTÍN, 1991-92: 209; JIMÉNEZ ET ALII, 1995: 68).

Por fortuna, en la necrópolis de Campos Elíseos sí ha sido posible relacionar estas bisagras con una serie de artefactos que nos permiten afirmar, con toda seguridad, su finalidad. Así, en la sepultura 17 tuvimos la oportunidad de encontrar nueve de estos cilindros asociados a una arqueta de ladrillos de arcilla con unas dimensiones al exterior de 60x43 cms., rodeada de rocas de mediano tamaño, la cual contenía una incineración.

A este respecto nos planteamos dos posibilidades: las bisagras articulaban los dos ladrillos de la cubierta, dispuesta a dos aguas, o bien la arqueta cerámica contenía otra de madera, a la que corresponderían los cilindros. De cual-

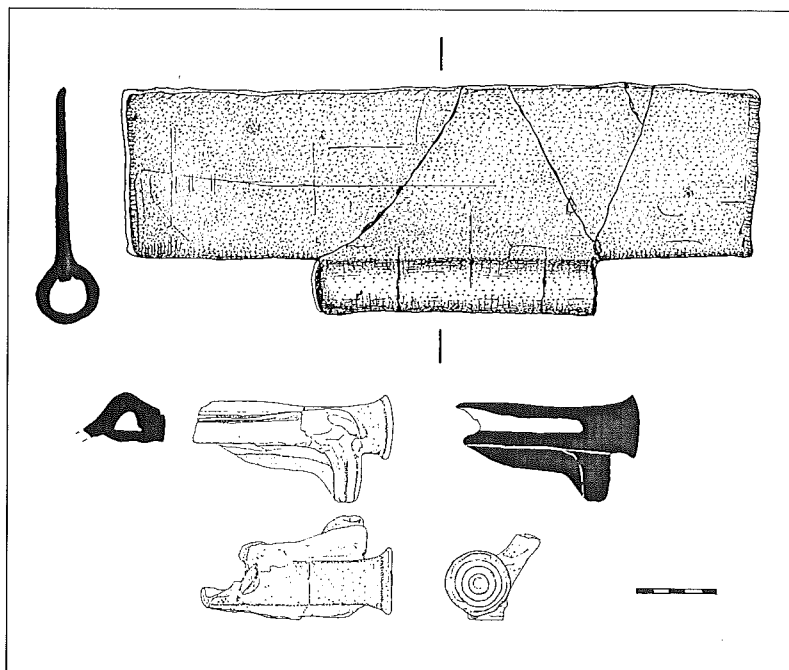


Figura 12. Tapas de arcilla de la tumba 6 de Campos Elíseos (Fuente: A. Pérez-Alumbres Landa y J. R. García Carretero).

quier forma, la suma total de la longitud de éstos es la misma (47,9 cms.) que la del interior de la arqueta.

En la tumba 6 se localizaron dos tapaderas de cerámica (figura 12) que contribuyen a clarificar también este extremo. La primera de ellas se halló completa (con 38,5 cms. de longitud). Está constituida por una placa a la que se adosa en uno de sus laterales un cilindro hueco del mismo material y que simula una subdivisión en cuatro cilindros-bisagras. En una de sus superficies, que presenta un engobe amarillento, se aprecian unas finas incisiones en sentido longitudinal y transversal, no muy profundas, que dibujan varios rectángulos. Es interesante señalar que su longitud es similar a la arqueta.

De la segunda tapadera conservamos tan sólo parte de un extremo y la base sobre la que se apoyaba (longitud conservada; 12,1 cms.). Está formada por una pieza hueca de tendencia cilíndrica rematada por un disco decorado con círculos concéntricos, alrededor del cual se articulan, de una lado, una superficie lisa que servía de base y, de otro, el arranque de otra superficie, también plana, con un ángulo de 55° respecto a la base, que puede formar parte de una especie de cubierta a dos aguas. Igualmente podemos apreciar dos incisiones que vuelven a simular una partición en tres cilindros.

Como indicamos, gracias a estos hallazgos queda fuera de duda que estos cilindros de hueso deben interpretarse como bisagras. Las dos

tapas de arcilla nos hablan también acerca de la relación existente entre ambos materiales, poco conocida hasta ahora.

Las bisagras en el ámbito fenicio

Aunque se han hallado objetos como los que publicamos en contextos de distintas cronologías y ámbitos culturales muy diversos (Grecia, Etruria, Roma, etc.), pensamos que el origen de estas bisagras peninsulares debe buscarse en el mundo fenicio. Este sistema de ensamblaje era conocido en Oriente ya desde finales del II milenio a. C., como evidencia la aparición de un pequeño libro de madera unido con estos cilindros en el pecio de Ulu Burun, hundido frente a las costas de Turquía (BASS, 1987: 730-731). Fuera de nuestra península son también conocidas en varios yacimientos fenicios del Mediterráneo central y occidental, ya sea en las islas de Ibiza, Cerdeña o en el norte de África.

En lo referente a la primera de las islas citadas, podemos citar la aparición de estos elementos en tumbas de la necrópolis de Puig des Molins (VIVES, 1917: 84), en tanto las necrópolis de Cerdeña ofrecen varios ejemplos en hueso y marfil, como son los de Nora, asociados a una caja y fechados en la segunda mitad del siglo V a. C. (AUBET, 1988-89: 126-129), Tharros dentro de los materiales que componen la colección Chessa (MOSCATI, 1987: 52) y en

sus sepulturas nº 10 y 20, datadas entre los años 509 y 238 a. C. o bien formado parte de un trono hallado en el enterramiento nº 79 de Salamis, que cabe situar en el siglo VIII a. C., todo ello sin olvidar la zona de santuario en Monte Sirai (BARNETT, MENDESÓN, 1987: 43-45).

Su presencia en el área norteafricana se extiende por una amplia zona que incluye el desierto del Sahel, como puede ser Bou Hadjar, donde se han localizado varios sarcófagos de madera magníficamente conservados y datados entre los siglos III-II a. C., cuyas bisagras están compuestas por cilindros de estas características (CINTAS: 1976, 377, PICARD, 1956: 59), Gouraya (Argelia) o la propia ciudad de Cartago en Túnez, en concreto en niveles excavados en la colina de Byrsa que se datan desde finales del siglo V hasta el siglo II a. C. (LANCEL, THUILLIER, 1979: 224; LANGEL, 1982a: 21-22; 1982b: 54 y 56).

Entre los hallazgos de este tipo efectuados en nuestras costas cabe recordar la existencia de dos cilindros, uno de hueso con una perforación circular y tres líneas incisas como motivo ornamental y otro de marfil con una perforación rectangular (figura 13), en el asentamiento de Morro de Mezquitilla (SCHUBART, 1982: 40). Gracias a la gentileza de K. Mansel, sabemos que la segunda pieza apareció en el estrato B2/3 y que puede situarse, por tanto, entre los siglos VII y V a. C.

También en Cádiz aparecieron en sepulturas datables entre los siglos V y IV a. C., como se constata en Punta de Vaca, la antigua playa de los Números y la zona de los Astilleros. En 1887 se descubrieron en el primero de los lugares mencionados tres sepulturas en forma de cistas construidas con sillares, sepulturas de las que tenemos noticia tan sólo a través de RODRÍGUEZ DE BERLANGA (1888: 38-40; 1899: 320-321), quién transmite una serie de datos que no pudo comprobar *in situ*, lo que unido al expolio que sufrió el sarcófago antropoide hallado (RAMOS, 1990: 24-25), hacen que deban tomarse con las lógicas precauciones.

Aun así, creemos que es posible entresacar algunos datos de sumo interés. Como decimos, se encontraron tres tumbas, una de las cuales facilitó el ya comentado sarcófago antropoide masculino que Berlanga consideró, correctamente, como fenicio, frente a la opinión entonces generalizada que defendía su carácter romano. Las otras dos sepulturas contenían una inhumación masculina con restos de armamento y al menos seis ci-

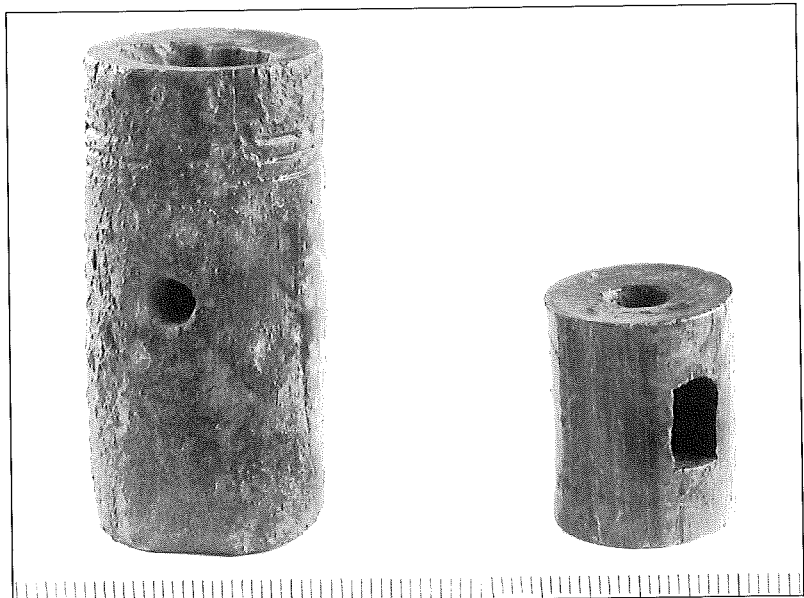


Figura 13. Cilindros de Morro de Mezquitilla (Fuente: P. Witte).

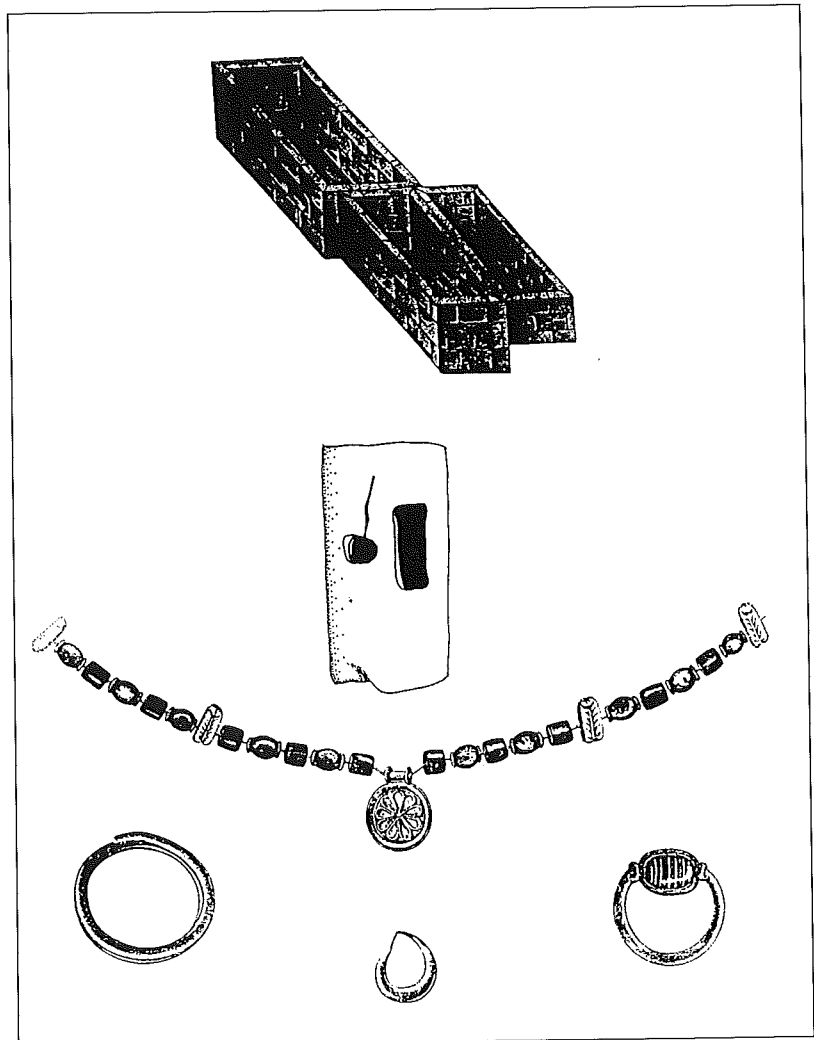


Figura 14. Sepulcros y ajuar de la tumba de Punta de Vaca (Fuente: M. Rodríguez de Berlanga).

lindros de huesos de animales, así como otra inhumación femenina acompañada de varias joyas de oro: un aro, un pendiente amorcillado, un anillo con

escarabeo en el que se grabó una figura humana y un collar de cuentas de oro y ágata con un medallón-colgante con rosetas incrustadas (figura 14).

Estas joyas, en especial el medallón-colgante, han sido estudiadas exhaustivamente por A. Perea dentro de sus trabajos sobre el taller o talleres gaditanos de joyería, englobando dicha pieza en su grupo VI, subgrupo C (PEREA, 1986: 299), a la que asigna una fecha que la situaría en el siglo IV a. C., fecha que no encaja mal con la sugerida para el sarcófago, hacia el 400 a. C., lo que nos hace pensar en la posibilidad de asignar a este grupo de tumbas una fecha en torno al siglo IV a. C.

Este hallazgo fue seguido de otro producido entre los años 1912 y 1916 en el área de los Astilleros, donde se constató la existencia de un grupo de 16 enterramientos en cistas de sillares colocados en dos hiladas superpuestas, los cuales albergaban inhumaciones orientadas en sentido este-oeste (GARCÍA Y BELLIDO, 1982: 405). Dos de estas cistas, situadas en el extremo más occidental de la fila inferior eran de mayores dimensiones que las restantes: 1 m. de alto, 2,40 m. de longitud y 0,75 de ancho. Una de ellas, por desgracia no sabemos cuál, contenía un ajuar compuesto por un collar con un medallón-colgante de oro decorado con rosetas, perteneciente también al grupo VI, subgrupo C de A. PEREA (1986: 299), con 48 cuentas de collar, 24 de ellas de ágata e igual número de oro, además de otras cuatro cuentas también de ágata de mayor tamaño, dos pendientes amorcillados, un aro y dos anillos, todos ellos de oro, uno de los cuales portaba un escarabeo en el que se aprecia un guerrero con lanza y escudo, junto a algunos fragmentos de cerámica y de tres cilindros de marfil, que muestran una perforación circular (figura 15). Si bien es imposible conocer las características y cronología de los vasos cerámicos, es posible sugerir una datación para esta sepultura, como sería la segunda mitad del siglo IV a. C., teniendo en cuenta los elementos que integran el collar.

Algo más tarde, en 1922, F. CERVERA (1923: 17) excavó otro grupo de 16 sepulturas de sillares en la Playa de los Números, dispuestas en varias filas, con orientación noroeste-sureste (figura 15). Entre dos de estas alineaciones se encontró una pequeña tumba, que aprovechaba uno de los sillares de la sepultura contigua, de planta ligeramente rectangular, en cuyo interior aparecieron algunos huesos humanos y 22 bisagras cilíndricas. Hechas en marfil, conformaban dos series, una de ellas integrada por catorce cilindros lisos, que medían 20x34 mm., y otra con ocho ejemplares perforados con un

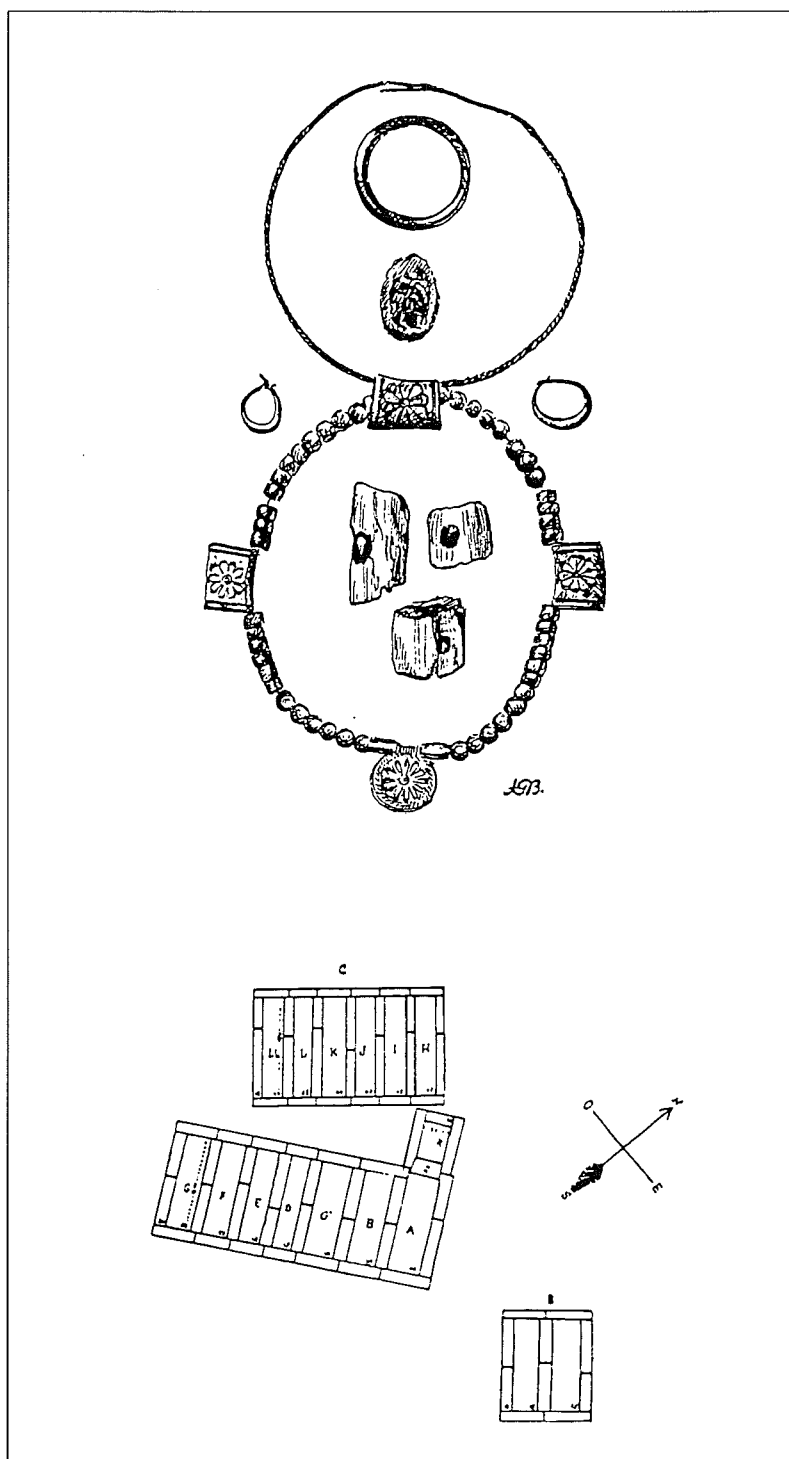


Figura 15. Ajuar de la sepultura de los Astilleros y grupo de tumba de la Playa de los Números (Fuente: A. García y Bellido).

círculo y un rectángulo cuyas dimensiones eran 40x30 mm.

Por fortuna, Cervera sí consignó detalladamente el contenido de cada una de las sepulturas, de manera que sus ajuares han podido ser estudiados con posterioridad, en particular las joyas de oro que se depositaron. Estas comprenden los grupos I a VI de A. PÉREZ (1986: 297-302; 1989: 61-64), es decir, anillos, aros, espirales, pendientes, cuentas y colgantes, así como un amuleto en forma de

nudo hercúleo (LÓPEZ, PÉREZ, 1985: 83-90), joyas que pueden fecharse en su totalidad en la primera mitad del siglo IV a. C., datación que cabría atribuir pues a la tumba que ahora nos interesa.

Por otra parte, el Museo Municipal de Almuñécar conserva entre sus fondos varios cilindros de hueso inéditos procedentes de las excavaciones emprendidas en El Majuelo y la Plaza de la Constitución, cuya datación y contexto precisos desconocemos, en espera de la

publicación detallada de este material.

Del mismo modo, en la necrópolis de Villaricos L. SIRET (1985: 459) descubrió algunas bisagras de este tipo en las urnas cinerarias que comprenden su grupo III, en tanto M. ASTRUC (1951: 64 y 80), recogía en su obra otros ejemplares también de hueso en sus grupos I y J. En el primero (urnas de incineración), se hallaron tres, dos de ellos en la tumba 42 y el restante en la 221, mientras que en el grupo J, que incluye los hipogeos con inhumaciones e incineraciones juntas ya que fueron reutilizados desde el siglo VI a. C. en adelante, sólo sabemos que aparecieron de uno a doce en los enterramientos 1, 5 y 9 del hipogeo 414, y en el 1 del hipogeo 1080. A éstos podemos sumar otros cinco cilindros de hueso, de reducidas dimensiones, provenientes de la segunda capa del hipogeo 556 de Siret, reexcavado por M^a J. ALMAGRO (1984: 59 y 81), al que esta autora asignó su número 4 (figura 16).

Por último, en la ciudad de Málaga se tiene constancia del descubrimiento de piezas similares en una tumba descubierta en 1875 en la calle Andrés Pérez (RODRÍGUEZ, 1889: 329-332; 1995: 36-38; OLIVA, 1991-92: 229-231), así como en el interior del recinto fortificado de la Alcazaba (AMADOR, 1907: 32 y 35-36), y en el área del teatro romano.

En el primer caso se trataba de una cista rectangular de mampostería con el suelo de tierra apisonada, lo que nos recuerda a nuestra tumba 6, en uno de cuyos extremos se halló una caja de plomo con algunos huesos, al parecer humanos, varios cilindros de hueso que Rodríguez de Berlanga pensó eran de buey, y tres discos de oro con un granate en su centro en forma de roseta que mostraban sendos orificios para la sujeción, todos ellos fabricados en una delgada lámina mediante la técnica del repujado. Al levantar uno de los sillares que conformaban la sepultura se descubrió la existencia de un orificio circular en el que se habían depositado otros restos humanos acompañados de más cilindros de huesos de animales, hasta sumar, junto con los anteriores, al menos veintisiete (figura 17).

Menos datos tenemos aún sobre el segundo descubrimiento antes citado, el cual podría corresponder a una zona del antiguo hábitat. Sabemos que en 1906 fueron halladas un número indeterminado de estas piezas junto a otros objetos, como son una cuenta de pasta vítrea de color azul y dos varillas de cobre rematadas cada una por una figura de un animal sobre una pequeña peana. Debemos hacer notar que el pro-

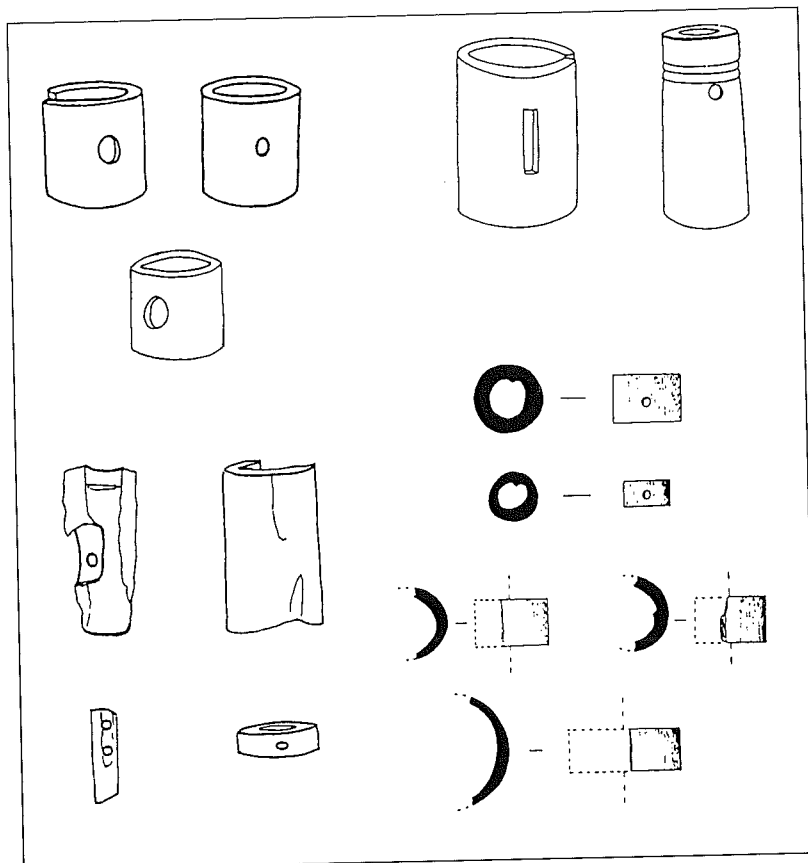


Figura 16. Bisagras halladas en Villaricos (Fuente: L. Siret y M^a J. Almagro).

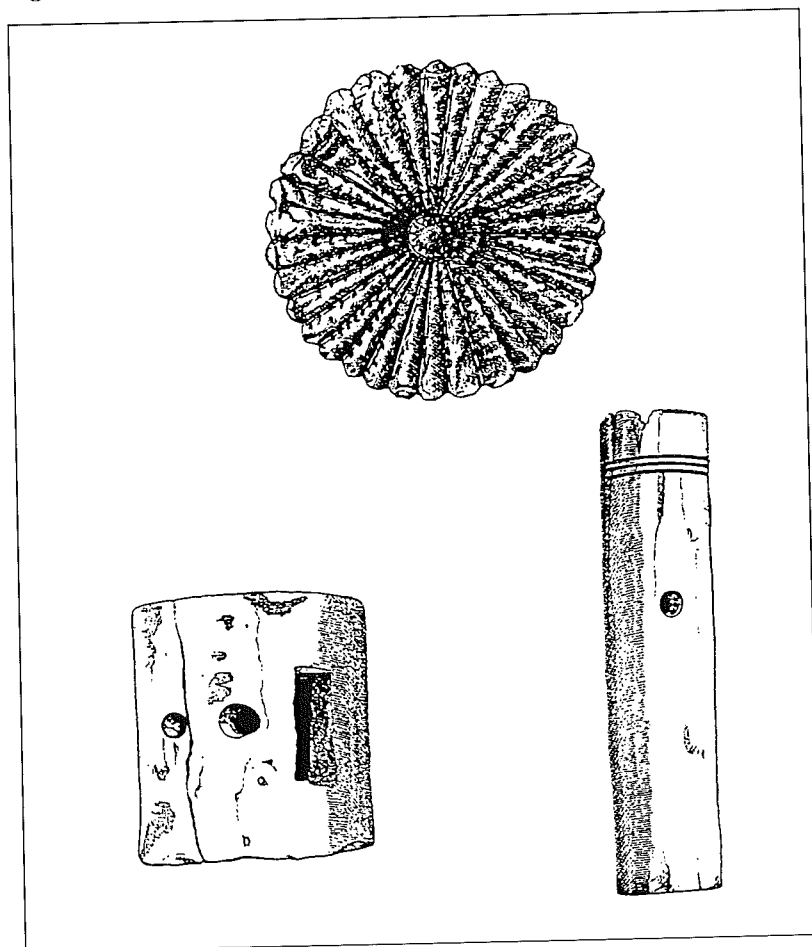


Figura 17. Parte del ajuar de la tumba de la c/ Andrés Pérez (Fuente: M. Rodríguez de Berlanga).

pio BERLANGA (1973: 88-89), asocia estos cilindros con tres mangos de cu-chillos, fabricados también en hueso, que representaban figuras humanas.

Recientes excavaciones emprendidas en los Jardines de Ibn Gabirol, frente al teatro romano han recuperado varios ejemplares en niveles datados, al parecer, entre las épocas republicana y bajo imperial, los cuales aún permanecen inéditos, por lo que agradecemos a L. E. Fernández el poder citarlos en este trabajo.

Conclusiones

Tras examinar estas cuestiones estamos en disposición de poder esbozar una serie de hechos que consideramos de particular importancia para poder insertar estos objetos en el marco temporal y técnico-económico al que pertenecían.

Pensamos que parece bastante probable la existencia en la antigua Malaca de un taller o talleres, al menos durante los siglos II-I a. C., dedicados a la fabricación de estos elementos de hueso, y que debieron trabajar juntos o en estrecha relación con alfareros, como indican las tapaderas descubiertas. Los diversos hallazgos de este tipo efectuados en Málaga suman, cuando menos, un centenar de bisagras y ofrecen una extensa tipología con ejemplares que muestran diferentes fases del proceso de elaboración, e incluso numerosos defectos de ejecución. Estos últimos pueden resumirse, en el caso concreto

de Campos Elíseos en: defectos de tor-no, superficies golpeadas o astilladas sin pulimentar, fallos en el taladro como, por ejemplo, las marcas dejadas en la pared opuesta, el inicio de una perforación exterior, las formas elipsoidales sin acabado rectangular y la que presenta un diseño cruciforme.

Vemos cómo estas bisagras aparecen en ambientes fenicios con cronologías más antiguas que las ofrecidas por Malaca, tanto si nos referimos a sus poblados como, sobre todo, a las necrópolis, y perduran en dichos yacimientos incluso después de la conquista romana. Aunque no son piezas extrañas en el ámbito ibérico, se alejan, sin embargo, de los sistemas de ensamblaje empleados por las poblaciones indígenas de esos siglos (RUANO, 1982: 101).

Por otra parte, cabe advertir que en el mundo semita estas bisagras fueron fabricadas indistintamente en hueso y marfil, así como imitadas en arcilla (necrópolis de Campos Elíseos). Sin embargo, de los 161 cilindros constatados en estos yacimientos, sin incluir los hallados últimamente en los Jardines de Ibn Gabirol, solamente 26 se confeccionaron en marfil (16% de esta cantidad), sin que sea descartable algún error en la identificación del material en alguna de las excavaciones antiguas, al mismo tiempo que resulta interesante comprobar, a este respecto, cómo el marfil queda relegado a las fechas más antiguas.

En efecto, este tipo de material se

reduce a varias piezas de las necrópolis gaditanas fechadas en el siglo IV a. C. y otra de Morro de Mezquitilla datable entre los siglos VII y V a. C., por lo que cabría sugerir la existencia de un proceso análogo al experimentado en Etruria, área en la que, a partir de mediados del siglo V a. C., comienza a imponerse el hueso sobre el marfil en la construcción de muebles (AUBET, 1988-89: 127), si bien aquí este proceso parece darse en fechas algo más tardías, como sería el siglo IV ya comentado. A partir de esa fecha la totalidad de los ejemplares conocidos en contextos fenicios son de hueso, excepción hecha de los realizados en arcilla, circunscritos a su vez a los siglos II-I a. C.

Como conclusión de lo expuesto, podemos señalar que las numerosas bisagras cilíndricas de hueso halladas en la necrópolis de Campos Elíseos, junto a las ya conocidas en otros puntos de la capital malagueña, corresponden a un sistema de ensamblaje propio del mundo fenicio. Éstas se enmarcan en una fase ya avanzada en la utilización de esta técnica constructiva de artefactos destinados a ser empleados en el seno de los poblados o en sus prácticas funerarias. Su imitación en arcilla puede hablarnos acerca de la gran implantación que tuvieron en Malaca en los primeros siglos de la conquista romana, quizás debida a la gran demanda que experimentaron las cajas o arquetas, en especial en lo referente al ámbito funerario.

CUADRO DE LOCALIZACIÓN DE LAS BISAGRAS DE CAMPOS ELÍSEOS

UBICACIÓN CILINDROS	NÚM. REFERENCIA	CANTIDAD	%
Tumba 5	60	1	1,6
Tumba 6	1-50	50	76,7
Tumba 9	61	1	1,6
Tumba 17	51-59	9	13,7
Tumba 19	62	1	1,6
Corte 1, estrato II	63-64	2	3,2
Corte 1B, estrato II	65	1	1,6

CUADRO TIPOLÓGICO DE LAS BISAGRAS DE CAMPOS ELÍSEOS

TIPO	NÚM. EJEMPLARES	DIÁMETRO (mm.)	LONGITUD (mm.)	%
I	5	33	34-51	7,6
II	8	30-35	36-46	12,4
IIA	1	33	38	1,6
III	10	29-35	38-55	15,3
IV	27	29-39	38-61	41,5
V	5	30-39	46-51	7,6
VI	1	31	40	1,6
Indeterminados	8	--	--	12,4

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M^a J., (1983), **La necrópolis de Baria (Almería). Campaña de 1975-78**, Exc. Arq. en Esp., núm. 129, Madrid.
- AMADOR DE LOS RÍOS, R., (1907), **Monumentos históricos y artísticos de la provincia de Málaga**, Málaga.
- ASTRUC, M., (1951), **La necrópolis de Villaricos**, Ministerio de Educación Nacional, Madrid.
- AUBET SEMMLER, M. E., (1988-89), "El origen de las placas en hueso de Nora", *Studi Sardi*, XXVIII, 125-130.
- BALIL ILLANA, A., (1975), "Sobre el mobiliario romano", *Revista de Guimarães*, 85, 69-90.
- BARNETT, R. D.; MENDLESON, C., (eds.), (1987), **Tharros. A catalogue of material in the British Museum from phoenician and other tombs at Tharros, Sardinia**, British Museum Publications, London.
- BASS, G. F., (1987), "Oldest known shipwreck reveals splendors of the bronze age", *National Geographic*, 172, 693-732.
- CERVERA Y JIMÉNEZ ALFARO, F., (1923), **Excavaciones en extramuros de Cádiz, Memoria de los resultados obtenidos en dichas excavaciones**, J.S.E.A., Madrid.
- CINTAS, P., (1975), **Manuel d'archéologie punique**, ed. Picard, Paris, vol.II.
- EVELY, D., (1992), "Towards an elucidation of the ivory-worker's tool-kit in neo-palatial Crete", en *Ivory in Greece and the Eastern Mediterranean from the Bronze Age to the Hellenistic Period*, British Museum, London, pp.7-16.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1982), "Colonización púnica", en *La Protohistoria*, Historia de España dir. por R. Menéndez Pidal, ed. Espasa Calpe, Madrid, vol.I.
- GRAU MIRA, I., (1996), "Estudio de las excavaciones antiguas de 1953 y 1956 en el poblado ibérico de La Serrata", *Recerques del Museu d'Alcoi*, V, 83-119.
- JIMÉNEZ PÉREZ, C.; AGUILERA RODRÍGUEZ, L.; GARZÓN PEDEMONTÉ, E., (1995), "Excavaciones de urgencia en el solar de la calle San Nicolás nº 7. Una nueva factoría de salazones en Algeciras (Cádiz)", *Anuario Arqueológico de Andalucía/1992*, Puerto Real, vol. III, 65-69.
- KYRIELIS, H., (1980), "Archaische holzfunde aus Samos", *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Institut Athenische Abteilung*, 95, 87-147.
- LAFUENTE VIDAL, J., (1934), **Excavaciones en La Albufereta de Alicante (antigua Lucentum)**, J.S.T.A., Madrid.
- LANCEL, S., (1982a), "Le carrefour des rues II et III, et les niveaux de rues", en *Byrsa II. Rapports préliminaires sur les fouilles 1977-1978: niveaux et vestiges puniques*, École Française en Rome, Roma, 3-23.
- (1982b), "Le long côté sud-est de l'îlot C et les niveaux de la rue III", en *Byrsa II. Rapports préliminaires sur les fouilles 1977-1978: niveaux et vestiges puniques*, École Française en Rome, Roma, pp.50-91.
- LANCEL, S.; THUILLIER, J. P., (1979), "Rapport préliminaire sur la campagne de 1976 (niveaux puniques)", en *Byrsa I Rapports préliminaires des fouilles (1974-1976)*, École Française en Rome, Roma, pp. 198-225.
- LÓPEZ DE LA ORDEN, M. D.; PÉREZ LÓPEZ, I., (1985), "A propósito de un nudo hercúleo encontrado en Cádiz", *Anales de la Universidad de Cádiz*, 2, 83-97.
- MARTÍN RUIZ, J. A.; PÉREZ-MALUMBRES LANDA, A., (1999a), **Malaca fenicia y romana: la necrópolis de Campos Elíseos**. Catálogo de la exposición, ed. Sarriá, Málaga.
- (1999b), "La necrópolis de época tar-do-púnica de los Campos Elíseos (Gibralfaro, Málaga)", *Madridrer Mitteilungen*, 40, 146-159.
- (en prensa, a), "La necrópolis de Campos Elíseos (Gibralfaro, Málaga)", en *Actas del II Congreso de Historia Antigua de Málaga*, Málaga, 1998.
- (en prensa, b), "La necrópolis fenicia de Campos Elíseos (Gibralfaro, Málaga). Segunda campaña de excavaciones arqueológicas", *Anuario Arqueológico de Andalucía/1997*, Sevilla, vol.III.
- MORENA LÓPEZ, J. A., (1996), "Instrumentos romanos de hueso hallados en el solar del antiguo edificio Los Leones (Córdoba)", *Boletín de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 131, 225-245.
- MOSCATI, S., (1987), **localia punica. La collezione del Museo Nazionale G. A. Sanna de Sassari**, Accademia Nazionale dei Lincei, Roma.
- PEREA CAVEDA, A., (1986), "La orfebrería púnica de Cádiz", en *Los fenicios en la Península Ibérica*, ed. AUSA, Sabadell, vol.II, 295-322.
- (1989), "Cádiz, orfebrería fenicia", en *El oro en la España prerromana*, Revista de Arqueología, 58-67.
- PÉREZ-MALUMBRES LANDA, A.; MARTÍN RUIZ, J. A., (1997), "Enterramientos fenicios en Málaga: la necrópolis de Campos Elíseos (Gibralfaro, Málaga)", *Jábega*, 77, 3-10.
- (en prensa), "La necrópolis fenicia de Campos Elíseos (Gibralfaro, Málaga). Primera campaña de excavaciones arqueológicas", *Anuario Arqueológico de Andalucía/1997*, Sevilla, vol.III.
- PICARD, G., (1956), **Le monde de Carthage**, ed. Corrêa, Paris.
- RAMOS SAINZ, M^a L., (1990), **Estudio sobre el ritual funerario en la necrópolis fenicias y púnicas de la Península Ibérica**, Univ. Autónoma, Madrid.
- RODRÍGUEZ DE BERLANGA, M., (1888), "Sepulcros antiguos de Cádiz", *Revista Archaeologica*, 3, 33-49.
- (1891), **El nuevo bronce de Itálica**, Málaga.
- (1973), "últimos descubrimientos en la Alcazaba", *Malaca*, V, 65-100.
- (1995), **Catálogo dei Museo Loringiano**, Univ. de Málaga, Málaga.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G., (1991-92), "Los materiales de hueso de la villa romana de Torre Águila", *Anas*, IV-V, 181-216.
- RODRÍGUEZ OLIVA, P., (1993-94), "Sobre algunos tipos de urnas cinerarias de la provincia Baetica y notas a propósito de la necrópolis de la calle Andrés Pérez de Málaga", *Mainake*, XV-XVI, 223-242.
- RODRÍGUEZ MARTIN, F. G., (1991-92), "Los materiales de hueso de la villa romana de Torre Águila", *Anas*, IV-V, 181-216.
- RUANO RUIZ, E., (1982), **El mueble ibérico**, Madrid.
- SCHUBART, H., (1982), "Morro de Mezquitilla. Vorbericht über die rabungskampagne 1981 auf dem siedlungshügel an der Algarrobo-Mündung", *Madridrer Mitteilungen*, 23, 33-45.
- SIRET, L., (1984), **Villaricos y Herre-rías. Antigüedades púnicas, romanas y árabes**, Madrid.
- VIVES Y ESCUDERO, A., (1917), **Estudio de arqueología cartaginesa. La necrópoli de Ibiza**, Imprenta de Blas y Cía, Madrid.